

FRAY LUIS DE GRANADA (1504 – 1588)

*DOS MEDITACIONES PARA ANTES Y DESPUÉS DE LA COMUNIÓN*

ÍNDICE

Dos meditaciones para antes y después de la comunión para despertar en el ánimo temor y amor de este santísimo sacramento

Meditación para antes de la sagrada comunión, para despertar en el ánimo temor y amor deste santísimo sacramento

Síguese otra meditación muy devota, para ejercitarse en ella el día de la sagrada comunión, pensando en la grandeza del beneficio recibido, y dando gracias a nuestro señor por él

*DOS MEDITACIONES PARA ANTES Y DESPUÉS DE LA COMUNIÓN*

para despertar en el ánimo temor y amor de este santísimo sacramento

¿Quién eres tú, señor mío, y quién soy yo para que me ose llegar a ti? ¿Qué cosa es el hombre para que pueda recibir en sí a Dios su hacedor? ¿Qué es de sí el hombre sino un vaso de corrupción, hijo del demonio, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura inhabilísima para todo lo bueno, y poderosísima para todo lo malo? ¿Qué es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, y en sus deseos desvariado, y, finalmente, en todas las cosas pequeño y en sola su estima grande? Cata aquí, señor mío, quién soy yo.

Mas, ¿quién eres tú? Tú eres sin cantidad grande, sin calidad bueno, sin medida sabio, y sin tiempo eterno. Tú eres en la grandeza infinito, en la virtud omnipotente, en la sabiduría inmenso, en los consejos admirable, en los juicios terrible, y en todas las virtudes perfecto y acabado. ¿Pues cómo una tan vil y sucia criatura se osará llegar a su Dios de tan grande majestad? Las estrellas no están limpias delante tu acatamiento, las columnas del cielo tiemblan delante de ti, los más altos de los serafines encogen sus alas y se tienen por unos viles gusanillos en tu presencia. ¿Pues cómo te osará recibir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El santo Bautista, desde las entrañas de su madre santificado, no osa tocar tu cabeza ni se halla digno de desatar la correa de tu zapato; el príncipe de los apóstoles da voces y dice: «Apártate de mí, señor, que soy hombre pecador», ¿y osaré yo llegar a ti tan cargado de pecados?

Si aquellos panes que estaban sobre la mesa del templo delante de Dios -que no eran más que una sombra deste misterio- no podía comer sino quien estuviese limpio y santificado, ¿cómo me atreveré yo a comer del pan de los ángeles estando tan ajeno de santidad? Aquel cordero pascual que era figura de este sacramento mandaba Dios que se comiese con pan cenceño y con lechugas amargas, calzados los zapatos y ceñidas las renes. ¿Pues cómo osaré yo llegarme al verdadero cordero pascual sin tener nada deste aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño sin levadura de malicia? ¿Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contrición? ¿Dónde está la pureza de las renes y la limpieza de los pies, que son los santos deseos? Temo, y mucho temo, cómo seré recibido en esta mesa si me falta este aparejo. Desta mesa fue desechado aquél que no se halló con ropa de bodas - que es la misma caridad-, y atado de pies y manos fue mandado echar en las tinieblas exteriores. ¿Pues qué otra cosa espero yo si desta manera me hallare en este convite? ¡Oh divinos ojos, a los que les están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras ánimas!: ¿Qué será de la mía si ante ellos pareciere así desnuda?

Tocar el arca del Testamento -que no era más que figura deste misterio- fue cosa tan grave, que el sacerdote que la tocó, llamado Oza, fue luego castigado con arrebatada muerte. ¿Pues cómo no temeré yo el mismo castigo si recibiere indignamente al mismo que por aquella arca era figurado? No hicieron los betsamitas más que mirar curiosamente esta misma arca del Testamento cuando pasaba por sus tierras, y por sólo este atrevimiento dice la escritura divina que mató Dios cincuenta mil hombres del pueblo por aquel pecado. ¡Oh cosa para hacer temblar todos los corazones! No menospreciaron el arca, no la recibieron con mala cara, antes se alegraron con ella y le hicieron fiesta y le ofrecieron sacrificios. Y sólo haber querido curiosamente mirarla fue castigado con la sangre de tantos. ¿Quién temiera tal castigo por tal delito, de un Dios tan piadoso? Pues, ¡oh misericordioso y terrible Dios!, ¿cuánto mayor cosa es tu sacramento que aquel arca? ¿Cuánto mayor cosa es recibirte que mirarte? ¿Pues cómo no temblaré yo cuando me llegare a recibir un Dios de tan alta majestad y justicia, especialmente conociendo que si por espacio de infinitos años me aparejase para recibir una sola vez este sacramento con toda la pureza de los ángeles, no sería digno de recibirlo, cuánto más estando tan mal aparejado?

Y si tanta razón tengo para temer considerando tu grandeza, ¿cuántas más debo temer considerando mis pecados y malicia? Acuédome, señor, de muchas y muy graves culpas que tengo en este mundo cometidas contra ti. Tiempo hubo -¡y plega a tu misericordia no lo sea también ahora!- cuando la cosa más olvidada y menos amada eras tú, hermosura infinita, y cuando el polvo de las criaturas se tenía en más que el tesoro de tu gracia y la esperanza de tu gloria. La ley de mi vida eran mis deseos, la obediencia tenía dada a mis apetitos. No tenía cuenta contigo más que si nunca te conociera. Yo soy aquel necio que dijo en su corazón: «No hay Dios», porque de tal manera viví un tiempo como si creyera que no lo había. Nunca por tu amor trabajé, nunca por tu justicia temí, nunca por tus leyes me aparté de lo malo, nunca por tus beneficios te di las gracias que debía, nunca por saber que tú estabas en todo lugar presente dejé de pecar delante de ti.

Todo lo que mis ojos desearon les concedí, y no fui a la mano a mi corazón para estorbarle ninguno de sus deleites. ¿Qué género de maldades hay por donde no haya

pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fue toda mi vida sino una perpetua guerra contra ti y una renovación de todos los martirios que pasaste por mí? ¿Cuántas veces, por la golosina de un deleite o de un poco de dinero, como otro Judas, te vendí? ¿Pues qué será llegarme yo ahora a recibirte, sino darte paz con el mismo Judas después de haberte vendido? ¿Qué hice las otras veces que comulgué, y acabando de comulgar te ofendí, sino escarnecerte con los soldados, que por una parte hincadas las rodillas te adoraban, y por otra con la caña te herían?

Pues, ¡oh salvador y juez mío!, ¿cómo te osaré recibir en una tan sucia posada? ¿Cómo depositaré tu sagrado cuerpo en la cama de los dragones y en el nicho de las serpientes? ¿Qué cosa es el ánima llena de pecados sino una casa de demonios, un establo de bestias, un cenagal de puercos y un muladar de todas las inmundicias? ¿Pues cómo estarás tú, pureza virginal y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas, y la compañía de Dios con la de Belial? ¡Oh flor del campo y azucena de los valles y pan de ángeles!, ¿cómo quieres tú ahora ser hecho manjar de bestias? ¿Cómo se ha de dar ese divino manjar a los perros, y esa tan preciosa margarita a los puercos? ¡Oh amador de las ánimas puras y limpias, que te apacientas entre los lirios mientras dura el día y se inclinan las sombras!, ¿qué pasto te podré yo dar en este corazón donde no nacen estas flores, sino cardos y espinas?

Tu lecho es de madera de Líbano; las columnas tiene de plata, el reclinatorio de oro y la subida de púrpura. No hay en esta casa ninguno de estos colores; ¿pues qué silla te daré yo cuando entres en ella? Tu sagrado cuerpo fue envuelto en una sábana limpia y sepultado en un sepulcro nuevo, donde nadie había sido puesto; ¿pues qué parte hay en mi ánima que sea limpia y nueva donde te pueda yo sepultar? ¿Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta, por donde salía el hedor y corrupción de mis pecados? ¿Qué mi corazón, sino fuente de malos deseos? ¿Qué mi voluntad, sino casa y cama del enemigo? ¿Pues cómo osaré yo llegarme con estos labios sucios a recibirte y a darte paz? Ninguna parte hay en mi ánima que esté pura y limpia y que no haya sido muchas veces corrompida por el pecado; ¿pues qué es del sepulcro nuevo y limpio donde te haya de sepultar?

¡Oh redentor y salvador mío!, confúndome de verme tal. Avergüénzome de ver cuál voy a la cama y a los brazos del esposo del cielo, que de nuevo me quiere recibir. ¿Hasta aquí ha llegado tu piedad, que no te afrentes, rey de gloria, de recibir en tu casa y tomar por esposa a la desechada y deshonorada por un tan vilísimo rufián? Llevóse el demonio la flor de mi honestidad, ¿y conténtaste tú con los desechos del enemigo? «Tú -dices- has fornicado con todos cuantos amadores has querido, pero con todo eso vuélvete a mí, que yo te recibiré.»

Conozco, señor, mi indignidad y conozco tu gran misericordia. Ésta es la que me da atrevimiento para llegarme a ti tal cual estoy. Porque mientras más indigno fuere yo, más glorificado quedarás tú en no desechar y tener asco de tan sucia criatura. No desechas, señor, los pecadores, antes los llamas y los atraes a ti. Tú eres el que dijiste: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio.» Tú dijiste: «No tienen necesidad los sanos del médico, sino los enfermos.» Y: «No vine a buscar los

justos, sino a los pecadores.» De ti públicamente se decía que recibías los pecadores y comías con ellos. No has mudado, señor, la condición que tenías entonces, y por eso creo que ahora también llamas desde el cielo a los que entonces llamabas en la tierra. Pues yo, movido por este piadoso llamamiento, vengo a ti cargado de pecados para que me descargues, y trabajado con mis propias miserias y tentaciones para que me des refrigerio. Vengo como enfermo al médico para que me sane, y como pecador al justo, fuente de justicia, para que me justifique.

Dices que recibes los pecadores y comes con ellos, y que tu manjar es la conversación de los tales. Si tanto te deleita ese convite, cata aquí un pecador con quien puedas comer de ese manjar. Bien creo, señor, que te deleitaron más las lágrimas de aquella pública pecadora que el convite soberbio del fariseo, pues no menospreciaste sus lágrimas ni la desechaste por pecadora, sino antes la recibiste y la perdonaste y la defendiste, y por unas pocas lágrimas le perdonaste muchos pecados. Aquí se te pone, señor, ahora otra nueva ocasión de mayor gloria, que es un pecador con más pecados y menos lágrimas. No fue aquella la última de tus misericordias ni la primera. Otras muchas tales tenías hechas, y otras muchas te quedan por hacer. Entre ahora ésta en la cuenta de ellas, y perdona a quien más te ha ofendido y menos llora porque te ofendió. No tiene tantas lágrimas que basten para lavar tus pies, mas tú tienes derramada tanta sangre que basta para lavar todos los pecados del mundo.

No te indignes, Dios mío, porque estando tal cual me ves oso llegar a ti. Acuérdate que no te indignaste cuando aquella pobre mujer que padecía flujo de sangre se llegó a recibir el remedio de su enfermedad tocando el hilo de tu vestidura, antes la consolaste y esforzaste diciendo: «Confía, hija, que tu fe te hizo salva.» Pues como yo padezca otro flujo de sangre más peligroso y más incurable que aquél, ¿qué puedo hacer sino llegar a ti para recibir el beneficio de mi salud?

No has mudado, señor mío, la condición ni el oficio que tenías en la tierra aunque te subiste al cielo. Porque si así fuera, otra *Escritura* y otro evangelio hubiéramos menester que nos declarara la condición que tienes allá, si fuera diferente la de acá. Leo, pues, en tus evangelios que todos los enfermos y miserables llegaban a tocarte porque de ti salía virtud y sanaba a todos. A ti se llegaban los leprosos, y tú extendías tu bendita mano y los limpiabas. A ti venían los ciegos, a ti los sordos, a ti los paralíticos, a ti los mismos endemoniados, a ti finalmente acudían todos los monstruos del mundo, y a ninguno dellos te negaste. En ti solo está la salud, en ti la vida, en ti el remedio de todos los males. Tan piadoso eres para querer dar salud, cuan poderoso para darla. ¿Pues adónde iremos los necesitados, sino a ti?

Conozco, señor, verdaderamente que este divino sacramento no sólo es manjar de sanos, sino también medicina de enfermos; no sólo es fortaleza de vivos, sino resurrección de muertos; no sólo enamora y deleita los justos, sino también salva y purifica los pecadores. Cada uno se llegue como estuviere, y tome de ahí la parte que le pertenezca. Lléguense los justos a comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de su confesión y alabanza en este convite; yo me llegaré como pecador y enfermo a recibir este cáliz de mi salud. Por ninguna vía puedo pasar sin este misterio, y por ninguna parte me puedo del excusar. Si

estuviere enfermo, aquí me curarán, y si sano, aquí me conservarán. Si estuviere vivo, aquí me esforzarán, y si muerto, aquí me resucitarán. Si ardiera en el amor divino, aquí me abrasarán, y si estuviere tibio, aquí me calentarán.

No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbra ciegos; no por verme caído, porque el Señor levanta los caídos. No huiré dél como hizo Adán por verse desnudo, porque él es poderoso para cubrir mi desnudez; no por verme sucio y lleno de pecados, porque él es fuente de misericordia; no por verme con tanta pobreza, porque él es señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria, antes le doy ocasión, mientras más miserable fuere, que resplandezca más en mí la grandeza de su misericordia en remediarme. Las tinieblas del ciego desde su nacimiento sirvieron para que resplandeciese más la gloria de Dios, y la bajeza de mi condición servirá para que se vea cuán bueno es aquel que, siendo tan alto, no desdeña una tan vil y baja criatura. Especialmente que no se tiene aquí respeto a mí, sino a los méritos de mi señor Jesucristo, por los cuales el eterno padre ha por bien de tomarme por hijo y tratarme como a tal.

Pues por esto te suplico, clementísimo Dios y padre de nuestro señor Jesucristo, que pues el santo rey David sentaba a su mesa a un hombre tullido y lisiado porque era hijo de aquel grande y muy preciado amigo suyo Jonatás, queriendo en esto honrar al hijo, no por sí mismo, sino por los méritos de su padre, así tú, eterno padre, tengas por bien de sentar a este pobre y disforme pecador a tu sagrada mesa, no por sí, sino por los merecimientos y honra de aquel tan grande amigo tuyo Jesucristo, nuestro verdadero señor y padre, que con tantos dolores y trabajos, para gloria y honra tuya, nos engendró en el árbol de la cruz. El cual contigo vive y reina en los siglos de los siglos.

Amén.

*Síguese otra meditación muy devota, para ejercitarse en ella el día de la sagrada comunión, pensando en la grandeza del beneficio recibido, y dando gracias a nuestro señor por él*

Si todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen a darte, señor, gracias por el menor de tus beneficios, es cierto que no te las podría dignamente dar. Pues quien por el menor de los beneficios no te podría dar dignas gracias con tanta compañía, ¿cómo podrá dártelas, estando solo, por el mayor? ¡Oh Dios mío y salvador mío!, ¿qué gracias, qué alabanzas te daré porque me has querido en este día visitar y consolar y mantener y honrar con tu Presencia? Aquella santa madre de tu precursor, llena del Espíritu Santo, cuando vio entrar por sus puertas a la Virgen, que dentro sus entrañas te traía, espantada de tan grande maravilla exclamó diciendo: «¿De dónde a mí tanto bien, que la madre de mi señor venga a mí?» ¿Pues qué haré yo, vilísimo gusano y el mayor de todos los pecadores, viendo que se me ha entrado hoy por las puertas una hostia consagrada en la cual está encerrado el mismo Dios que allí venía? ¿Con cuánta mayor razón podré exclamar: «De dónde a mí tan grande bien, que, no la madre de Dios, sino el mismo Dios y señor de todo lo criado, haya querido venir a mí?»

¡A mí, que tanto tiempo fui morada de Satanás, a mí que tantas veces le ofendí y le menosprecié y le deshonré y le crucifiqué y le di a beber tantas hieles cuantos pecados cometí, y que, finalmente, le cerré las puertas y despedí de mí, por donde merecía nunca más recibir a quien así deseché, ni ser admitido a su sagrada cena, pues no quise acudir a ella cuando me llamaba! ¿Pues de dónde a mí, señor, que tú, rey de los reyes y señor de los señores, que no tienes por qué llamar a ninguna puerta de todo lo criado, cuya silla es el cielo, cuyo estrado real es la Tierra, cuyos ministros son todos los ejércitos de los ángeles, a quien alaban las estrellas de la mañana, en cuyas manos están todos los fines de la Tierra; tú, que sentado sobre los querubines ves hasta los abismos, esto es, hasta las cosas más secretas y escondidas del mundo, penetrando con tu sabiduría desde lo más alto hasta lo más bajo; tú, señor de tan incomprendible majestad y grandeza, quisiste venir a un lugar de tan extraña bajeza? ¿Otra vez, señor mío, quieres descender al infierno? ¿Otra vez quieres ser entregado en manos de pecadores? ¿Otra vez quieres nacer en un establo de bestias, y ser reclinado en un pesebre, y estar entre las pajas y el heno? Bien parece, Dios mío, que el mismo corazón que tenías entonces tienes ahora, pues lo que hiciste una vez por los pecadores, eso haces ahora cada día por ellos.

Y si de otra manera alguna me visitaras, todavía fuera ésta grande misericordia. Mas que tú, señor, hayas querido, no sólo visitarme, sino entrar en mí y morar en mí y transformarme en ti y hacerme una cosa contigo por una unión tan admirable que merece ser comparada, como tú la comparaste, con aquella altísima y divinísima unión que tienes con el Padre, para que así como el Padre está en ti y tú en él, así el que come de ti esté en ti y tú en él, ¿qué cosa puede ser más admirable? Maravillábase el rey David del mucho caso que hacías del hombre, cuando decía: «Señor, ¿qué cosa es el hombre porque quieres acordarte dél y poner en él tu corazón?» ¿Pues cuánto mayor maravilla es que Dios quiera, no sólo acordarse del hombre, sino hacerse hombre por el hombre, y morar con el hombre, y morir por el hombre, y darse en mantenimiento al hombre? Maravillábase el rey Salomón que quisiese Dios morar en aquel templo que él en tantos años y con tan grandes expensas había edificado. Y así, decía: «¿Es posible que quiera Dios morar acá en la Tierra con los hombres? Si el cielo, y los cielos de los cielos, no te pueden recibir en sí, ¿cuánto menos lo podrá esta casa que yo te he edificado?» ¿Pues cuánto mayor maravilla es que ese mismo señor de los cielos, por otra más excelente manera, quiera morar en una tan pobre ánima, que apenas trabajó un solo día en aparejarle la posada?

Maravíllase toda la naturaleza criada de ver a Dios hecho hombre, de verlo bajar del cielo a la tierra, andar nueve meses encerrado en las entrañas de una doncella, y es razón que se maraville, pues ésta fue la mayor de las maravillas de Dios y la mejor de las obras y el mayor de sus beneficios. Mas aquellas entrañas virginales estaban llenas del Espíritu Santo, estaban más limpias que las estrellas del cielo, más puras que los ángeles del paraíso, más adornadas de virtudes y gracias que el cielo y tierra con todo su ornamento, y así aparejaron morada digna para Dios. Mas que este mismo señor quiera morar en las mías, que son más impuras que el cielo, más oscuras que la noche, más sucias que todos los albañares del mundo, ¿cómo no será ésta grande maravilla? Y puesto caso que por su infinita piedad estuviesen ya lavadas y limpias con el agua de su gracia y de sus

sacramentos, ¿cómo no será todavía gran misericordia que un señor de tanta limpieza no tenga asco de cosa que algún tiempo fue tan sucia?

Ofensa sería de un gran señor si le pusiesen en la mesa un vaso que hubiese servido en alguna enfermería de recibir el vómito de los enfermos, o de otra cosa semejante, aunque después lo lavasen y parasen más blanco que la nieve, porque basta la memoria de las inmundicias pasadas para poner asco a quien lo viese. Pues, ¡oh Dios mío y salvador mío!, ¿qué mayor misericordia que no tener tú asco de que se ponga en tu mesa, entre los otros vasos escogidos, un vaso de corrupción y de todas las inmundicias para que comas tú en él? Porque aunque ya estuviese limpio con tu gracia, todavía queda la memoria reciente del pecado, y el mal olor y las reliquias que en el ánimo siempre quedan dél. ¿Pues tal vaso como éste consientes que se ponga en tu mesa, y que sea como un relicario en que se deposite esta hostia consagrada? ¡Oh, bendígante, señor, los ángeles por tan alta gracia y por tan gran misericordia y por tan excelente obra y muestra de bondad!

Bien parece que eres sumamente bueno, pues eres sumamente comunicativo de ti mismo y pues tanto quisiste humillarte y perder de tu derecho sólo por facernos buenos. Bien parece cuán grande sea tu amor para con los hombres, pues la caridad, como dice el apóstol, no es ambiciosa, o como traslada otro, fastidiosa, pues no tienes asco de una cosa tan asquerosa como es el corazón del pecador.

¿Pues qué será si con todo esto se junta lo que obra y significa este maravilloso sacramento? ¡Oh, cuán alegres nuevas me da de ti, señor, este misterio, y cuán dignas de todo agradecimiento! Tráeme firmado de tu nombre que eres mi padre, y no solamente mi padre, sino también esposo dulcísimo de mi ánimo. Porque oigo decir que el efecto propio deste sacramento, para que tú lo instituiste, es mantener y deleitar las ánimas con espirituales deleites, y hacerlas una cosa contigo. Pues si esto es así, y por las obras se ha de juzgar el corazón, ¿de cuál corazón salió tal obra como ésta? Porque unión propiamente pertenece a los casados, y regalo no suele ser de señor a siervo, sino de esposo a esposa, ni aun de padre a hijo, si no es hijo chiquito y tiernamente amado de su padre. Porque a tal padre pertenece no sólo proveer a su hijo de lo necesario para la vida, sino también de regalos y cosas con que huelgue para su recreación.

Pues tal efecto de amor como éste quedaba, señor, por descubrir al mundo, y éste se guardaba para el tiempo de tu venida y para la buena nueva del evangelio. De manera que en la otra manera de sacramentos y beneficios me das a entender cómo tú eres mi rey y mi salvador y mi pastor y abogado, mi médico, mi maestro, mi tutor y mi redentor y defensor y, finalmente, mi señor y mi Dios. Mas en éste, donde por una tan alta manera te quisiste ayuntar con mi ánimo, y regalarla con tan maravillosos deleites, claramente me das a entender que eres mi esposo y mi padre, y padre que tiernamente ama a su hijo, como Jacob amaba a José entre todos sus hermanos. Esto me da a entender el efecto de tu sacramento; estas

nuevas me da de ti. No hay doblez, señor, en todas tus obras; lo que muestran por defuera, eso es lo que tienen por de dentro. Pues por este efecto conozco la causa, por

esta obra juzgo tu corazón, deste tratamiento y regalo que me haces tomo información para conocer el corazón que para conmigo tienes.

¿Pues qué mayor beneficio, que mayor gracia, qué mayor amor se pudiera mostrar que éste? ¡Oh materia de alegrías, fuente de deleites, venero de virtudes, muerte de vicios, pan de vida, medicina de salud, fuego de amor, refección de los espíritus, salud de las ánimas, convite real y gusto de toda felicidad y hartura celestial!

¿Pues qué haré, Dios mío, qué gracias te daré, con qué amor te amaré si tengo de responder al mismo tono al amor que aquí me muestras? Si tú, siendo el que eres, así amas a mí, vilísimo y miserable gusano, ¿cómo no amaré yo a ti, esposo altísimo, riquísimo y nobilísimo de mi ánima? Ámete, pues, yo, señor, codíciete yo, cómate yo y bébate yo. ¡Oh dulcedumbre de amor, oh amor de inestimable dulcedumbre!, cómate mi ánima, y del licor suavísimo de tu dulcedumbre sean llenas mis entrañas. ¡Oh caridad, Dios mío, miel dulce, leche muy suave, manjar deleitable y manjar de grandes!: Fazme creer en ti, para que pueda yo gozar dignamente de ti. ¡Oh dulzor y hartura de mi voluntad, oh amor y deseo de mi corazón!, ¿por qué no soy yo del todo encendido y abrasado en el fuego de tu amor? ¿Por qué no soy yo del todo, así como el hierro en la fragua, transformado en amor, de tal manera que ya no haya en mí otra cosa sino amor? ¡Oh divino fuego, oh dulce llama, oh suave herida, oh amorosa cárcel!, ¿por qué no soy yo preso en esa cadena, y herido con esa saeta, y abrasado con ese fuego, de tal manera que ardan y se derritan todas mis entrañas en amor?

Hijos de Adán, linaje de hombres ciegos y engañados, ¿qué hacéis, en qué andáis, qué buscáis? Si amores buscáis, éstos son los más nobles, los más dulces, los más honrados que hay en el mundo. Si deleites buscáis, éstos son los más suaves, los más fuertes y más castos que pueden ser. Si riquezas buscáis, aquí está el tesoro del cielo y el precio del mundo y el piélagos de todos los bienes. Si honra queréis, aquí está Dios, y con él toda la corte del cielo, que os viene a visitar, ¿Pues qué mayor honra que tener tal huésped en casa, y toda la corte del cielo alderredor della? Si un rey va camino, y se apea a comer en una venta, o en un pajar que sea, claro está que toda aquella posada está rodeada de alabarderos y señores que lo vienen acompañando. Y si Dios, por medio deste sacramento, entra en mi ánima, creo verdaderamente que, el día que lo recibo, toda la corte del cielo está alderredor della compañándolo y adorándolo, así como lo adora en el cielo.

Admitido, pues, ya yo a esta compañía, sentado a esta mesa, recibido en estos brazos, regalado con tales deleites, obligado con tantos beneficios, y, sobre todo, preso con tan fuertes lazos de amor, desde aquí, señor, renuncio todos los otros deleites y amores por este amor. Ya no haya más mundo para mí, ya no más deleites de carne para mí, ya no más pompa de siglo ni vanidad para mí. Vayan, vayan lejos de mí todos estos falsos y lisonjeros bienes, que sólo éste es el verdadero y sumo bien. El que come pan de ángeles no ha de comer manjar de bestias; el que ha recibido a Dios en su morada no es razón que admita en ella otra criatura. Si una mujer rústica y de baja suerte viniese a casar con un rey, luego despreciaría el sayal y todas las bajezas pasadas, y en todo se trataría como mujer de quien es. Pues si a esta dignidad ha llegado mi ánima por medio deste

sacramento, ¿cómo se bajará ya a la vileza del traje viejo y de las costumbres pasadas? ¿Cómo abrirá la puerta de su corazón a pensamiento de mundo quien dentro de sí recibió al señor del mundo? ¿Cómo dará lugar en su ánima a cosa profana, habiendo ya sido consagrada y santificada con la presencia divina?

No consintió Salomón que la hija del rey faraón, su mujer, morase en su casa, por haber estado un poco de tiempo el arca del testamento, aunque ya no estaba. Pues si este tan sabio rey no quiso que su propia mujer, y mujer tan principal, pusiese los pies en el lugar donde había estado el arca de Dios, por ser de linaje de gentiles, ¿cómo consentiré yo que cosa gentil y profana entre en el corazón donde estuvo el mismo Dios? ¿Cómo recibirá pensamientos y deseos de gentiles el pecho donde Dios moró? ¿Cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó? Si por haber ofrecido el mismo rey Salomón sacrificios en el portal del templo dejó aquel portal santificado para que no pudiese ya servir de cosa profana, ¿cuánto más razón será que lo sea mi ánima, pues dentro della se recibió aquel a quien todos los sacrificios y sacramentos de la Ley significaban?

Y pues tan honrado me dejas, señor, con esta visitación, dame gracia para que pueda yo cumplir con esta honra que tú me diste. Nunca jamás diste a nadie honra sin darle caudal de gracia para mantenerla. Y pues aquí me has honrado con tu presencia, santifícame con tu virtud, para que así pueda yo cumplir con este cargo. Así lo hiciste siempre en todos los lugares donde entraste. Entraste en las entrañas virginales de tu santísima madre, y así como la levantaste a inestimable gloria, así le diste inestimable gracia para mantenerla. Entraste en este mundo a conversar con los hombres, y así como lo ennobleciste con tu venida, así lo reparaste y alumbraste con tu gracia. Entraste después en el infierno, y del mismo infierno hiciste paraíso, beatificando con tu gloria a los que honraste con tu visitación. Finalmente, hasta la figura deste sacramento, que era el arca del Testamento, entró en casa de Obededón, y luego echaste tu bendición sobre ella y sobre todas sus cosas, pagando con tan rica mano la hospedería que allí se te hacía.

Y pues has querido, señor, entrar también en esta pobre morada y ser hospedado en ella, comienza ya a bendecir a la casa de tu siervo y a darme con que yo pueda responder a esta honra, haciéndome digna morada tuya. Quisiste que yo fuese como aquel santo sepulcro en que tu sagrado cuerpo se depositase: dame todas las condiciones que tenía este sepulcro, para que pueda yo ser aquello para que tú me escogiste. Dame aquella firmeza de piedra y aquel sudario de humildad y aquella mirra de mortificación con que muera a mis apetitos y voluntad, y viva a ti. Quisiste que yo fuese como un arca del Testamento en que tú morases: dame gracia para que, así como en aquella arca no había otra cosa más principal que las tablas de la Ley, así dentro de mi corazón no haya otro pensamiento ni deseo sino de tu santísima Ley. Quisiste darme a entender en este sacramento que eras mi padre, pues así me tratabas como a hijo, e hijo tiernamente amado: dame gracia para que pueda yo responder a este beneficio amándote no sólo con amor fuerte, sino con amor tan tierno que todas mis entrañas se derritan en tu amor, y la memoria sola de tu dulce nombre baste para enternecer y derretir mi corazón.

Dame también para contigo espíritu y corazón de hijo, que es espíritu de obediencia y de reverencia y de amor y confianza, para que en todos mis trabajos acuda luego a ti con tanta seguridad y confianza como acude el hijo fiel a un padre que mucho ama. Quisiste, sobre todo esto, descubrir a mi ánima, en este sacramento, amor de esposo a esposa, y tratarme como a tal: dame, pues, señor, ese mismo corazón para contigo, para que así te ame yo con amor fiel, con amor leal, con amor casto, con amor entrañable, y con amor tan fuerte que ninguna cosa me pueda apartar de ti.

Esposo dulcísimo de mi ánima: Extiende esos dulces y amorosos brazos, y abrázala de tal manera contigo que ni en vida ni en muerte se pueda apartar de ti. Para esta unión ordenaste este sacramento, porque sabías cuánto mejor estaba la criatura en ti que en sí, pues en ti estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca criatura. La gota de agua que está por sí, al primer aire se seca, mas echada en la mar y ayuntada con su principio, permanece para siempre. Sácame, pues, señor, de mí y recíbeme en ti, porque en ti vivo, y en mí muero; en ti permanezco, en mí desfallezco; en ti soy estable, y en mí paso como pasa la vanidad. No te vayas, pues, ¡oh buen Jesús!, no te vayas. Quédate, señor, conmigo, porque viene la tarde y se cierra ya el día. La noche se apresura a más andar, y no una noche, sino muchas, conviene saber, la noche de la muerte y del mundo y del pecado y de la tentación y de la tribulación y de la soledad y ausencia de tu gracia. Todas estas noches vienen a caer sobre nosotros y cubrirnos. No nos desampares, señor.

Por todas partes nos va faltando la luz y se va resfriando la caridad y creciendo la maldad. ¿Pues que será de nos si tú nos desamparas? «¡Ay de vosotros! -dice el profeta-, que se ha inclinado el día y se han hecho mayores las sombras en la tarde.» Porque como va faltando la verdadera luz, que es el conocimiento de Dios y de los verdaderos bienes, las sombras de los falsos y transitorios parecen grandes y de grande dignidad. Pues quédate, señor, con nosotros, que eres luz del mundo, para que cada cosa nos parezca lo que es, y no seamos de aquellos que llaman lo bueno malo, y lo malo bueno, y facen lo dulce amargo, y lo amargo dulce.

Y pues me ha cabido tan dichosa suerte como es tenerte hoy en mi casa, donde tan buena coyuntura tengo para negociar contigo a solas mis negocios, no será razón perder esta buena coyuntura. No te soltaré, señor mío, de los brazos. Contigo lucharé toda la noche, y no te dejaré fasta que me des tu bendición. Múdame, señor, el nombre viejo y dame otro nuevo, que es otro nuevo ser y otra nueva manera de vivir. Encójame el un pie, y déjame el otro sano, para que desfallezca en mí el amor del mundo y quede sano y entero tu solo amor. Para que, desterrados ya y muertos todos los otros amores y deseos, a ti solo ame, a ti solo desee, a ti solo viva, en ti solo piense, contigo solo more, en ti solo estén todos mis cuidados y pensamientos, a ti acuda con todos mis trabajos, y de ti solo reciba todos los socorros. Y, finalmente, tú, señor, todo seas mío, y yo sea todo tuyo. Que vives y reinas en los siglos de los siglos.

Amén